



## Curatorial > INTERRUPCIONES

Esta sección propone una línea de programación destinada a explorar el complejo mapa del arte sonoro y la música experimental desde diferentes puntos de vista.

En esta serie aprovechamos el vasto conocimiento musical de los artistas y comisarios implicados en RWM para crear una serie de "interrupciones" de la programación Curatorial. Con el formato de una música a la carta mezclada, nuestros productores habituales tienen carta blanca para elaborar un recorrido estrictamente musical con un único parámetro inicial: que el hilo conductor de su mezcla sea original y singular.

Para este nuevo episodio José Manuel Berenguer y Carlos Gómez han seleccionado quince momentos entre las 300 Gigabytes de información acústica recogidas en las múltiples campañas del proyecto Sonidos en Causa, dedicado a recoger grabaciones de campo en entornos en proceso de cambio irreversible por motivos de crecimiento económico.

A cargo de José Manuel Berenguer y Carlos Gómez.

### Contenidos del PDF:

- 01. Sumario
- 02. Lista de temas
- 03. Créditos
- 04. Agradecimientos
- 05. Licencia

José Manuel Berenguer y Carlos Gómez son compositores, artistas sonoros y artífices del colectivo la Orquesta del Caos y el archivo sonoro Sonoscop. Sonidos en Causa es un proyecto de la Orquesta del Caos, realizado con el soporte de la Agencia española de Cooperación Internacional para el Desarrollo.

[www.sonoscop.net](http://www.sonoscop.net)

[www.sonoscop.net/sonoscop/sonidosencausa](http://www.sonoscop.net/sonoscop/sonidosencausa)

[www.sonoscop.net/sonoscop/orquestradelcaos.html](http://www.sonoscop.net/sonoscop/orquestradelcaos.html)

# INTERRUPCIONES #8

## Sonidos en Causa

Una selección de grabaciones de campo de entornos medioambientales en proceso de cambio irreversible.

### 01. Sumario

Hemos tomado registro del patrimonio sonoro propio de una serie de contextos culturales Latinoamericanos en cuyo entorno medioambiental, para bien o para mal, son previsibles cambios irreversibles a corto y medio plazo debidos al crecimiento económico. La Orquesta del Caos inició la toma de muestras en Octubre de 2009. En la actualidad, el archivo recoge 300 Gigabytes de muestras del paisaje sonoro de siete contextos latinoamericanos. Concretamente de Trapecio Amazónico (Brasil, Colombia, Perú), Pacífico Norte, Centro y Caribe Sur (Costa Rica), Cerrado (Goiânia, Brasilia, Brasil), Quilino-Salinas Grandes (Córdoba, Argentina), El Soberbio-Saltos del Moconá (Selva Misionera, Argentina), Yaracui (Venezuela), Chimalapas (Oaxaca, México) y Rio Baker (Aysen, Patagonia Chilena).

La recogida y difusión de datos sonoros para su empleo ulterior en proyectos artísticos y de investigación es precisamente la razón de ser de Caos->Sonoscop. Nuestro proyecto, en virtud de la intervención artística internacional de naturaleza sonora, pretende generar sensibilidad hacia esos aspectos, en primera instancia, en la vecindad de los contextos donde tiene lugar la recogida de muestras sonoras y en segunda, en cada uno de los entornos culturales donde trabajan los artistas implicados en las convocatorias internacionales emitidas por la Orquesta del Caos. Asimismo, en su esencia está el introducir en la práctica artística metodologías propias del quehacer científico y lo contrario, proponer a la ciencia que salga de ella misma y adopte maneras de hacer propias de otros contextos.

José Manuel Berenguer y Carlos Gómez, diciembre de 2011

### 02. Diario de las grabaciones de campo

12 de octubre de 2009, a las 11.28 h. S 04.13.132 – 0 069.56.701. Malecón de Leticia, Amazonas, Colombia.

Justo frente a nuestra tercera posición, cerca de la orilla, en un descampado, unos cientos de metros aún más al sur que la segunda, y a setenta de distancia del camino que presumiblemente lleva a Tabatinga, siempre ante Isla Fantasía, que, a pesar de la proverbial movilidad del río, permanece al otro lado del canal, las lanchas viajan mucho más rápido, de manera que sus motores suenan muchísimo más fuerte. Como las paredes del canal en este punto son altas, los ecos parecen amplificar los sonidos. Dan un verdadero espectáculo sonoro. Sencillamente, tremendo. Bello, pero tremendo. Tanto, que me pregunto cómo es posible que algo así pueda impresionar favorablemente mi sentido de la belleza. ¡Van a saturar la grabación!, a pesar de que nos separan más de diez metros del lugar por donde pasó la que más se acercó.

Al llegar la calma, se distinguen los graves de la música de las casas de atrás, que están al otro lado del camino. Claro que si me desplazo algunos metros hacia ellas, puedo escuchar los motos, el medio de transporte más popular en las poblaciones de la zona y, cuyo motor, como el de los peque-peques, es responsable de uno de los sonidos más abundantes de por aquí. La ciudad entera suena a motor de explosión. Cuando llega la dicha de que ni motos ni lanchas se empeñan en ser máscara de todo sonido natural, junto al bum-bum de la música, se escuchan motores eléctricos, quizá ventiladores. No hay descanso ni dicha completa. Solo grados de contaminación acústica.



[S 04.13.848 – 0 069.56.631. Puerto de Tabatinga, Amazonas, Brasil]

**12 de octubre de 2009, a las 17 h. S 04.13.848 – 0 069.56.631. Puerto de Tabatinga, Amazonas, Brasil.**

Esta toma tiene lugar ahora en un montículo desde el que se aprecia una panorámica de todo el sonido del malecón de Tabatinga. Nos hemos instalado en una especie de balcón y ahora mismo somos objeto del efecto racimo, ése que citan algunos antropólogos: los niños que hacían volar sus cometas un poco más allá se han desplazado a jugar cerca de nosotros. Entre curiosidad y exhibicionismo. Son cometas muy rudimentarias. Es curioso que sus voces apenas se escuchan.

Tal es el fragor del Malecón, a unas decenas de metros por debajo de nosotros. Petardos a nuestra espalda. No los vemos. En cambio, sí los barcos y lanchas en el puerto, aunque solo oímos los que van muy rápido. Se van los niños, pero los altavoces permanecen en sus puestos y ladran. Recuerdo la pregunta de Carlos en el bar, hace menos de dos horas. ¿Cómo sería esto sin música? Paradisiáco. ¿Y sin barcos? Los pájaros dan comienzo a su canto diario del ocaso y los petardos de vez en cuando les acompañan. No se asustan. ¿Alguien entiende qué hacen aquí los pobres pájaros?

Por fin un peque-peque supera el nivel de sonoro de las músicas, pero al aminorar, su sonido se hunde en el fragor de los bares del Malecón. A lo lejos, una lancha rápida lo supera otra vez. Nada que hacer: pronto la engullen esos vallenatos country-eurovisivos mezclados con ni se sabe ya qué, porque, desde aquí arriba, hasta escucho algo que se me antoja música celta. Algún silbido o algún grito agudo, pero todo enmascara todo mientras la noche va cayendo. Una moto llega y, por suerte, a su conductor se le ocurre parar el motor. Apenas un minuto después, se va y nos obsequia con el latido regular y ponderado de su motor de cuatro tiempos que se aleja. ¿Qué vino a hacer aquí?

**17 de octubre de 2009, a las 23 h. S 04.04.960 – 0 069.58.036. Maloca Moruy, Amazonas, Colombia.**

Será que hoy a los animales les da por aparecer y desaparecer. ¿O soy yo quien cambia la percepción de las cosas? Concluyo que tanto da quién sea quien cambia. Lo interesante es que acuso un cambio. Más aún: que ese cambio se dé; independientemente de si alguien lo acusa o no. Otro avión. ¿Un bimotor militar? Con la de historias que acabo de escuchar hoy, no hay manera de concentrarse en la escucha.

Cayetano y Elvis han hablado largo rato de enemigos y enfrentamientos. Casi siempre, los oponentes eran otros sabedores; así, otros supuestos poseedores de conocimiento, de poder. Cuando no, se trataba de seres míticos, como la Curupira, el monstruo sin cabeza y con un ojo en el abdomen, comedor de carne humana. También, de la Sónida, esa dimensión indígena que parece a caballo del ensueño y el éxtasis y de esas selvas interiores inaccesibles en el interior de la propia selva.

**20 de octubre de 2009, a las 17:04 h. S 04.00.134 – 0 069.53.701. Estación de estudios biológicos El Zafire, Amazonas, Colombia.**

Arena blanca, significa Zafire en lengua Huitoto. Y es que el suelo es de tierra blanca, especialmente en el bosque varillar. Las especies dominantes de la zona son, según Ever, nuestro guía, y en sus propios términos, eveas nítidas, paquiras y disimbes. Al llegar, tan exhausto y acalorado como nosotros, nos cuenta que por aquí canta una verrugosa de cuatro metros de largo y medio palmo de ancho. Se trata de esa víbora terrorífica que unos dicen haber visto y otros, que nadie ha visto jamás. Tiene gracia. Nuevamente, los mitos de la selva. Lo que se oye termina siendo visto de tanto imaginarlo. En la selva, cuando alguien te dice haber visto algo, no puedes estar seguro de que realmente lo haya visto. Puede que tan sólo lo haya oído.

Hace rato que ha dejado de llover, pero el agua aún cae de los árboles. Están ahí los insectos de siempre, bastante crecidos, dada la hora. Están por todas partes. En todos los planos. ¿Qué resultado acústico se produciría si las bacterias y, en general, los microorganismos generaran vibraciones de presión audibles? Los pájaros se oyen muy poco densos.



[N 10.24.895 – 0 084.07.143. Reserva Natural la Tirimbina, Costa Rica]

Cuando llevamos callados un rato, tímidamente aparecen actores nuevos, con sus periodicidades nuevas y sus bandas pasantes ligeramente distintas. Muy cerca tenemos un grillo cuyo patrón sonoro es rítmico, sin duda, pero parece manifiestamente aleatorio por alguna causa. La apariencia de aleatoriedad surge en condiciones perceptivas extremas. Si el tempo es lentísimo, uno no puede decir si el patrón es rítmico y predecible o aleatorio e impredecible, pero eso no significa que en sí las distancias temporales no sean casi iguales. Mientras pensaba en esa cuestión, las chicharras han dado comienzo a sus emisiones circulares. Repentinamente se han callado, casi al mismo tiempo que una rama cargada de agua ha estado a punto de caerme encima. Al poco, un sonido muy grave se escucha viniendo de El Zafire. ¿Fue un trueno? Espero que sí, porque si no, es un terremoto o un platillo volante.

**6 de abril de 2010, a las 18.33 h. N 09.59.570 – 0 083.01.820. Parking de la iglesia principal de Limón, Costa Caribe, Costa Rica.**

Creo que nunca había visto una iglesia con parking. De factura futurista, parece un platillo volante con una cruz blanca y luminosa. Será de los años cincuenta o sesenta, digo yo, por su parecido con la de Le Corbusier. Con el campanario sin campanas, la iglesia está en lo más céntrico de Limón. A la derecha, tras la verja, un establecimiento de comidas rápidas. En frente, al otro lado de la calle, un chiringuito de frutas y algo más a la izquierda, algunos comercios. Hay bastante ambiente. De la iglesia, que tiene las puertas totalmente abiertas, salen todo tipo de melodías pías. Hace un momento, versión en español de “When the Saints Go Marching in”. Y, cómo no, todo amplificado. No vale la pena entrar: mucho mejor y más divertido, escuchar esas melodías con nota blue mezcladas con el bajo del techno de los coches que pasan.

Es martes. Para que haya misa hoy a esta hora, ya tiene que haber devoción por aquí. Decía Otto esta tarde que la Iglesia tiene más poder aquí que en España. Sea como sea, no creo que los de aquí sean más mentirosos y demagogos que los nuestros. Para mí, que solo les diferencia una cuestión de sabor. La manifestación pública más aparente de la Iglesia católica de nuestro días podría resumirse en un eslogan: “al poder secular a través del espiritual”. Sus representantes deberían orientar sus intervenciones públicas hacia terrenos verdaderamente espirituales donde no hubiera el menor atisbo de intervención en la vida no religiosa.

En el interior del chiringuito de frutas, una televisión. ¿Cómo no? Deportes. Deportes y música religiosa. Buena combinación; comparable con la de gospel y techno. Poca música caribeña se oye por aquí. La voz del predicador nos llega inquisidora a través de la puerta abierta y me aleja de mis pensamientos. Por fin, algo de gospel se mezcla con un arreglo metálico, clásicamente salsero.

**9 de abril de 2010, a las 17.43 h. N 10.24.895 – 0 084.07.143. A cincuenta metros sobre el suelo. Reserva La Tirimbina, Costa Rica.**

No hemos podido resistir la tentación de grabar lo que nos parece un insecto habitante de los árboles. A una cuarta parte del puente, de un árbol altísimo parece surgir la fuente que ahora nos interesa más. Desde aquí no se ve el suelo. Apuesto a que estamos a más de cincuenta metros en el aire. Será una colonia de insectos. De vez en cuando, la emisión cambia la frecuencia básica. Tremendo. Como salgan del tronco se nos comen vivos porque estamos justo enfrente. Una de las cosas que se me antoja más notoria de ese sonido es el cambio súbito de frecuencia. Como muy probablemente se trata de una colonia, ese comportamiento podría producirse por sincronización. ¿O es que todos los individuos son sensibles a las oscilaciones de alguna variable ambiental, como la temperatura o la concentración de alguna substancia?

A esta hora da comienzo el tiempo más bello de la selva. De día no pasan estas cosas. Creo que esto es de lo más impresionante que jamás he escuchado en una selva. Parece una máquina y esa percepción sitúa máquinas e insectos en niveles contiguos de complejidad. Los acerca, y así se justifica intuitivamente la extensión del concepto de máquina a dominios que no todo el mundo está dispuesto aceptar como propios de las máquinas. Además, sugiere una jerarquía de complejidad para las máquinas en la que absolutamente cualquier elemento de este universo tendría cabida.



[S27.08.281- 0 054.05.037. Selva Misionera, Argentina]

La actividad sonora de la colonia para en seco y deja escuchar las otras fuentes de sonido a las que, por su potencia y proximidad, enmascaraba. A lo lejos, caídas de hojas. Mucho más lejos aún, el temible aullador, que por su poderosa voz habrá salvado la vida en más de una ocasión. Me he asomado a la barandilla del puente, pero ni así se atisba el suelo. Esto es una selva auténtica. Anochece y el concierto no ha hecho más que empezar.

**12 de abril de 2010, a las 17.53 h. N 10.50.191 – 0 085.36.960. Parque Nacional de Santa Rosa, pasado la Hacienda Santa Rosa, Costa Pacífica, Costa Rica.**

Íbamos a grabar un entorno mas húmedo para terminar la jornada, pero al salir a la carretera asfaltada y parar para cambiar la reductora a normal, he creído que el motor sonaba muy raro. De intensidad muy variable, el sonido venía de fuera. Pensábamos que eran ranas, pero deben ser insectos que se instalan a cantar en los árboles, como las cigarras. Cuando uno cercano calla, se escucha a sus congéneres lejanos en la misma frecuencia. No son los únicos cantos animales de dinámica variable. Hay otros insectos. La cosa es que los márgenes dinámicos son tan grandes que a veces temo que saturen la grabación. Espectacular.

Está claro que son insectos. Empiezan con una periodicidad lenta, perceptible como ritmo. Al acelerarse, esa sensación se sustituye por la de altura. Las diferencias de fase entre los distintos emisores ubicados aquí y allá, literalmente, por todas partes, generan una notable sensación acústica de espacio. Pese a la alta densidad de la vegetación, el bosque seco se muestra en toda su profundidad espacial.

Un ave enorme deja caer un fruto a dos metros escasos de aquí. Luego levanta el vuelo pesadamente y se posa en silencio en un árbol cercano. Parece un urogallo. Los insectos que, sin verlos, aseguraría descomunales, nos abandonan paulatinamente para dejarnos a solas con los grillos comunes.

**16 de abril de 2010, a las 16.04 h. N 10.18.156 – 0 084.47.447. Monte Verde, Costa Rica.**

Nos hemos acercado al pájaro de canto metálico-cristalino que ayer tanto nos fascinó. El sonido es extrañamente metálico. Como si fuera una modulación en anillo. Pienso esto último y un sonido nuevo aparece en el campo acústico: no estoy seguro de si es otra fuente o si se trata del batracio ése que parece una sirena. Repentinamente, suenan todos los animales bastante lejos. Es como si nos hubieran visto. Seguro que nos han visto. Habitualmente, cuesta un buen rato que se restablezca el orden sonoro una vez nos detenemos a grabar en algún punto. Algo cambia súbitamente. ¿Se acerca nuestro objetivo? No está claro aún. Difícil hablar de perspectivas cuando la fuente de fondo general es tan poco densa como las colonias de insectos. Es claramente la hora de los pájaros, pero extrañamente se escuchan aún muy tímidamente. Los batracios son también ocasionales.

El sitio es precioso. Lo preside una vieja ceiba en la que viven muchas otras plantas. Centenares, seguramente. Ocasionalmente, escucho algo que suena a mueble de madera que roza sobre un suelo también de madera. Ya lo escuché antes. La cantidad de planos es impresionante esta tarde, pero nuestro objetivo, el pájaro metálico-cristalino se aleja hacia el fondo del valle y nos deja solos con el *cantus firmus* rítmico de un ave persistente. Lo que priva a esta hora es lo ocasional. También el viento lo es, que, como ayer, agita solo las copas de los árboles. El único no ocasional es el batracio del principio. Se hace uno consciente de él cuando los demás se lo permiten. Se acerca el metálico-cristalino y los persistentes callan. ¿Le tendrán miedo o respeto?

No, porque vuelven súbitamente a la carga y el otro continúa por ahí. El chirrido de madera vuelve y un segundo después, cuando la tormenta ruga a lo lejos, el viento se manifiesta por enésima vez. Retorna así el color electrónico del principio de la toma: un pájaro de canto que yo reproduciría con una modulación de frecuencia sobre la frecuencia de corte de un filtro resonante, comenta la tormenta. Leves movimientos de los árboles, brisa y una tormenta lejana que, si se manifestara de forma más continua, parecería un avión. Pero no. Es una simple tormenta y algún insecto nocturno tímidamente la invoca cuando al modulador de filtro resonante le da por puntuarla.



[S 15.47.941 – 0 047.52.003. Congreso Nacional de Brasil en Brasília, Brasil]

**22 de junio de 2010, a las 14.43 h. S 16.39.813 – 0 049.20.617. 902 metros de altitud. Micrófono orientado al noreste. Morro do Mendanha, Goiânia, estado de Goiás, Brasil.**

Los morros son montes. Hoy estamos visitando los que ofrecen vistas panorámicas de la ciudad. Una moto desciende por el camino de tierra lleno de baches y por delante de la Tenda dos Milagros. Su conductor lanza un bocinazo agudo que no obtiene respuesta. Solo queda el continuo que proviene de la ventilación de las instalaciones adyacentes a una antena de comunicaciones. En este morro, el mayor accidente geográfico de Goiânia, hay varias antenas y son muy altas. Pertenecen a las emisoras de televisión.

Hay barbatimãos y muchos otros árboles. El terreno parece seco, pero no debe serlo tanto, si hay tanta vegetación. Las antenas y lo divino se juntan en los morros, aquí. Hay iglesias de campaña, con sus bancos cubiertos por una carpa de lona, y otras edificaciones seguramente relacionadas con el negocio religioso. ¿Hubo algún milagro por aquí? ¿Cuál? ¿Hay algo que no sea un milagro? El suelo seco que da lugar a tanta vida vegetal es milagroso, sin duda. Lo divino y las comunicaciones: un tema de gran interés, no solo para la esquizofrenia o la paranoia. Este lugar, que como el otro morro, también debe ser santo. Está lleno de rótulos píos. “Senhor Jesus, a vossa presença nos alegra”, dice uno sobre la entrada de una carpa. Pero no todos hablan de lo mismo. “L-i-x-o”, reza un cartel en un árbol al que se amarra una hamaca. Lixo quiere decir basura. Dios y la basura también son tema preferido de algunos.

**22 de junio de 2010, a las 18.22 h. S 16.36.267 – 0 049.15.708. 788 metros de altitud. Micrófono orientado al norte. Bosque de la Universidad de Goiânia, estado de Goiás, Brasil.**

Hay monos en este bosque, pero apenas producen sonidos ahora. Lo que más se oye es notable. Debe ser un pájaro. El rango melódico de su canto es muy extenso. Ha estado un rato bastante cerca. Hacía escalas ascendentes y descendentes. Acaba de irse un poco más allá, hacia la avenida que bordea el bosque. Se aprecian movimientos en la espesura, producidos tal vez por los monos que hemos visto antes, al entrar, y que se elevan sobre la base constante del canto de los grillos, integrada claramente por dos componentes de frecuencia: uno es agudo, el otro, medio grave. La ciudad se oye a lo lejos y un coche discoteca va desparramando agudos por el campus.

Entre toda la naturaleza macroscópica, los insectos son lo más parecido a nuestras máquinas; por eso son más previsibles que otros animales. Al contrario de los monos, que no dejan de moverse: sus ires y venires son lo más imprevisible del entorno. Sus crujidos y gestos ahogados pueden manifestarse en cualquier momento de la noche, mantenerse durante un tiempo indefinido y volver o no volver a sonar. Si analizáramos los sonidos de sus gestos como lenguaje, ¿en qué jerarquía de Chomsky cabría colocarlos?

**25 de junio de 2010, a las 17.58 de la tarde. S 15.47.941 – 0 047.52.003 1.067 metros de altitud. Brasília, Brasil. Micrófono orientado al este. Entre el Congreso Nacional y los Indios Evangélicos.**

Hace algo de fresco en la explanada frente al Congreso Nacional. Un coche de policía está apostado a la entrada de la pequeña avenida transversal sin tráfico. Tenemos suerte: una procesión de motos y vehículos oficiales pasan por delante. De este a oeste, como si hubieran salido del Congreso. No meten mucho ruido. Los espacios son tan grandes, que la presión es baja a pesar del intenso tráfico. Aparte del tráfico y de los viandantes, no hay nada más.

¡Esto es monumental! Me recuerda la Catedral de Bourges, enorme, subida en una colina, con las casas pequeñísimas de su alrededor. En la Edad Media, esa diferencia de tamaño era suficiente signo del poder divino. Brasília es el símbolo del poder del estado. El poder cambia de manos, pero continúa necesitando de símbolos para manifestarse. Quizá el empleo de símbolos sea la única manera de hacerlo si no se desea ejercerlo directamente. Además, si se ejerce, puede que se revele ineficaz, según la finalidad a la que su ejercicio se pretenda destinada. El nivel de ruido puede ser, también, signo de poder. Pero seguro que también lo es la magnificencia del espacio. Eso se transmite por la vista y, por supuesto, aunque no sea consciente para todo el mundo, por el oído.



[S 30.11.810 – O 064.36.234. Plaza de Villa Quilino, Córdoba, Argentina]

Los ministerios, en formación a cada lado de la explanada contrastan con las tiendas plantadas en el césped en señal de protesta. Negras, oscuras, sin luz, pertenecen a unos indios de confesión evangélica. Luchan porque les están robando su tierra. Desgraciadamente, un clásico siempre al día. Desde hace milenios.

**24 de julio de 2010, a las 07.49 h. S 30.19.086 – O 64.55.500. 252 metros de altitud. Micrófono orientado al Sudeste. Madrugada al sur del Campo Comunitario, Quilino, Córdoba, Argentina.**

De madrugada, antes que nadie, canta la rondanita. La llaman así por su parecido sonoro con una rondana (un cojinete) cuando una de sus bolas se encalla.

El canto del gallo, que desde las tres de la mañana no nos abandona, ahora lejano, ha sido sustituido casi de golpe por el de las especies salvajes. La rondanita, que era la única cuando llegamos, también ha callado. Pero cantan muchas otras especies distintas. Por el ritmo de una de ellas, diría que por ahí suena algo parecido a una tórtola. Es algo más ronca que la imagen que guardo de esa especie desde que por primera vez me hice consciente de su canto en el centro de Francia. Las tórtolas aparecen por todas partes y callan por un momento cuando los silbidos de otros, más ágiles y enfáticos, adquieren protagonismo. Parece como si se empeñaran en hacer el *cantus firmus* de todo lo demás. Cualquiera diría que constituyen una especie de textura sobre la que los otros se asientan.

Pero la textura no existe por sí sola. Como el espacio, que cobra existencia y se curva con la materia, la textura se genera por la existencia del propio sonido. No existe, a menos que alguien cante o que algo suene, rítmicamente o no. Eso es algo que muchos músicos deberían comprender. Si las tórtolas no estuvieran, la textura estaría hecha de aleteos súbitos y aislados, de graznidos lejanos y gorjeos móviles, de trinos burbujeantes; ninguno demasiado presente. El espacio sonoro se expande y se contrae en la mente de quien escucha. Así, el nuevo trino burbujeante que brota al norte puede ser vivido como una expansión a la que sucede la contracción de un silbido descendente, casi piado, inseguro en la sintaxis de las alturas, pero repetido con insistencia hacia el Sudoeste.

**26 de julio de 2010, a las 10.50 h. S 30.12.547 – O 64.28.110. 435 metros de altitud. Micrófono orientado al Oeste. Plaza de Villa Quilino, Córdoba, Argentina.**

“Ustedes son como nosotros: buscan la libertad.” Lo decía Horacio Britos al despedirnos. Tiene razón. Nos parecemos mucho.

Con el coche aparcado junto a un centenario aguaribay productor de bolitas rosadas de pimienta, nos instalamos en el centro de la plaza. Llama especialmente la atención que haya pájaros cantando a esta hora tan tardía de la mañana.

Protegidas por unos murillos de ladrillo, destacan tres coníferas de hoja muy larga. Julio Catalano me cuenta que son pinos elliotis. El tronco es como el de los del Mediterráneo. Las loras, que tienen sus enormes nidos instalados en ellas, van graznando de una a otra. Nos están dando un concierto magnífico. Su canto no es un simple graznido. De una complejidad considerable, acorde con sus capacidades cognitivas, sus producciones sonoras van del simple graznido a la frase articulada. Lo más común en esta grabación son las conversaciones entre varios individuos, integradas por sonidos de duración y forma dinámica y frecuencial muy diversa, con las consecuentes acentuaciones rítmicas, que son particularmente ricas. Hasta las repeticiones de entonaciones identificables como un único elemento formal diferenciado son distintas entre sí. Uno puede pasar mucho rato escuchándolas sin apreciar repeticiones. En realidad, no hay recurrencias exactamente iguales. No hay periodicidad en los cantos comunitarios de las loras y eso aboga en su bien clara condición de fenómeno caótico. El hecho de que vivan en comunidad influye en la complejidad del objeto que uno escucha. En realidad, no tiene sentido tratar de analizar el canto de una única cotorra si no es en relación con el canto de las otras.



[S 27.13.270 – 0 054.05.037. Selva Misionera, cerca de una secadora de tabaco, Argentina]

**30 de julio de 2010, a las 18.34 h. S 27.05.305 – O 53.58.822. 513 metros de altitud. Micrófono orientado al sur. Mesa Redonda, Misiones, Córdoba, Argentina.**

En Mesa Redonda no hay casas. Solo es un cruce con nombre, pero en el mapa aparece como una población. Ya hace media hora que se puso el sol, así que lo que más suena son los grillos. Es la estructura rítmico-tímbrica sobre la que nuestra percepción, tan dada a establecer dicotomías entre fondo y forma, dispone un canto de silbidos atiplados. ¿Qué es percibir, si no destacar una señal sobre el resto? Entre las señales que mi percepción decide proponer como forma sin la intervención contradictoria de la consciencia, no solo está el pájaro de los silbidos: un graznido muy interesante acaba de producirse cerca del micro. Además, por ahí se oyen unos crujidos como de madera. Por el hecho de que son muy poco periódicos, casi estoy seguro de que los producía un animal al mover ramas. Todo eso es forma, por supuesto, pero si me olvido de ello y dirijo mi atención a lo que de entrada me propongo como fondo, los grillos, compruebo que también son formas. Y en su interior, más formas. Tengo la impresión paranoide de que llegaría a desmenuzar los sonidos hasta el infinito y continuaría escuchando formas. Por supuesto que no. La experiencia humana tiene límites.

Las estrellas han salido y, vete a saber, puede que mañana tampoco llueva.

**24 de julio de 2010, a las 08.39 h. S 30.19.033 – O 64.56.809. 251 metros de altitud. Campo Comunitario, Quilino, Córdoba, Argentina. Micrófono orientado al suroeste. Frío.**

En el noroeste de Ischilín, junto a las Salinas Grandes, la hora más fría de la mañana es entre las ocho y las nueve de la mañana. Como el nivel de entrada es muy bajo, hemos abierto el micrófono al máximo. Todo se oye, hasta el más mínimo roce de la ropa. Por supuesto, también los carraspeos que no somos capaces de controlar. Por eso nos vemos obligados a alejarnos del micrófono.

Hay de todo a esta hora, pero suena flojito: chasquidos, ronquidos, gorjeos, piales, mugidos y graznidos. Hasta un golpe de algo que acaba de caer en una casa lejana.

Con la salida del sol, que va subiendo y dentro de poco calentará, parece que los niveles de sonido han ido intensificándose. Las tórtolas quedan lejos ahora. Fácilmente dejan de percibirse cuando se producen aleteos de diversa entidad o algo como un ronquido. Será un mamífero que mastica algo. Es como grave y duro, de localización poco precisa. Contrasta mucho con un píar agudo, bien definido y localizado en la rama de un mistol, que parece marcar un ritmo de zortzico en contrapunto con un repiqueteo que suena en el tronco de un quebracho blanco del que antes salió una bandada de loras. El sol me calienta la cara. Espero que pronto me caliente la mano con la que escribo. Ese pájaro zortzico es bien especial. Pero se ha callado y en la lejanía sólo quedan las tórtolas, que no paran. Hay que ver, qué vitalidad.

---

### 03. Créditos

Sonidos en Causa es un proyecto de la Orquesta del Caos, realizado con el soporte de la Agencia española de Cooperación Internacional para el Desarrollo. Concepto y selección de grabaciones de José Manuel Berenguer y Carlos Gómez. Imágenes de la Orquesta del Caos.

---

### 04. Agradecimientos

Agradecimientos a todos los artistas participantes.

---

### 05. Licencia

2012. Este podcast está licenciado bajo Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Unported (CC BY-NC-ND 3.0).